

Aventureros al descubierto

MANEL PÉREZ

LA VANGUARDIA, 25.01.09

El asalto de Esperanza Aguirre y sus pretorianos al liderazgo general del PP y al poder económico institucional de la Comunidad de Madrid ha entrado en la fase agónica, aquella en la que quedan al descubierto muchas vergüenzas y ponen de manifiesto las limitaciones de los aspirantes.

Aún es pronto para saber en qué quedará todo el episodio de las escuchas y los seguimientos, una especie de ratificación de la idea de Marx, Karl, no Groucho, en El 18 brumario sobre las repeticiones de las tragedias históricas en forma de comedias. Si lo que se ventila estos días hubiera sido algo más serio y profesional, podríamos haber intentado compararlo con lo ocurrido en los años locos de Conde, De la Rosa y Perote. Pero ni a eso llega.

Sin embargo, el ruido que ha organizado la lideresa da cuenta de sus aspiraciones políticas, y su ambición de control de Caja Madrid es tan ensordecedor que ya no puede pensar en salir con bien de la aventura. Ella, que presumía de la modernidad de su comunidad - un reproche a las lamentaciones de otras-, que encabezaba el frente nacional contra las invasiones empresariales catalanas..., ella, que utilizaba su pizpireto activismo como núcleo de su programa político, resulta que reina sobre una enorme porquería que ahora ha quedado al descubierto... y de la que ella no sabía nada. Ha viciado hasta tal punto la atmósfera de la capital que incluso ella misma puede acabar asfixiada.

Mientras la batalla con Alberto Ruiz-Gallardón, con Mariano Rajoy como destinatario final, quedaba circunscrita al control de cargos locales en el partido o al cruce de declaraciones con el alcalde de Madrid, la cosa no fue a mayores. Pero cuando se ha puesto sobre la mesa la toma del poder en Caja Madrid, la cosa ha cambiado radicalmente. Han aflorado las malas artes, de cuya autoría directa aún nada se sabe con certeza.

Vienen a la memoria aquellas inocentes declaraciones de Rafael Simancas, el nonato presidente de la Comunidad, inmediatamente después de su victoria electoral de mayo del 2003: "Parece lógico que también cambie la presidencia de Caja Madrid". Los supersticiosos pensarán que es mala cosa esa de vender la piel del oso antes de cazarlo, pues como todo el mundo recuerda, Simancas no llegó a la presidencia. Dos diputados tráfugas se lo impidieron el mismo día de la votación. Hubo que convocar de nuevo elecciones y esta vez sí, Esperanza ganó. Poco más de cinco años a velocidad de vértigo, desbocada.

Pero Caja Madrid ha convertido la lucha en cruenta guerra. Los aventureros, aquellos que tratan por cualquier medio de conquistar puestos que no les corresponden, suelen acabar en la cuneta. Y antes arrastran consigo a sus patrocinadores, un peligro que ahora acecha claramente a Aguirre.

La ambición de Esperanza la obligaba a tomar al asalto y sin miramientos el timón de Caja Madrid. Cuanto más trompetas y fanfarria acompañaran la carga, más manifiesta quedaría su voluntad y por ende más adeptos obtendría en los núcleos de poder de la capital, fatigados por el poco carácter que reprochan a Mariano.

Su carrera, sin embargo, era contra el tiempo, necesitaba estar a pleno rendimiento desde el día después de las elecciones vascas y gallegas, como máximo tras las europeas de junio. Si ese era el momento de pugnar por el liderato popular, ella debía estar en la liza.

Y Caja Madrid era una pieza indispensable. La base económica para alimentar esa promoción hacia la alta política. No hay sólo problema de principios, ¡que se sepa quien manda!, es sobre todo necesidad de recursos económicos. Inexplicablemente, tanto el PSOE como el Banco de España o las organizaciones empresariales (en las que la influencia de

Aguirre es mayúscula) han presenciado el circo sin sentirse obligados a decir nada. Sólo los agraviados, la CECA, las cajas de ahorros, han puesto el grito en el cielo... y eso después de comprobar que el PP quiere encima aprovechar el asunto para meterse con las entidades del resto del país.

Es prematuro hablar del futuro político de Esperanza, pero si las cosas siguen como en estos últimos días, ya no será la alternativa a Rajoy. Tal vez llegue el momento para que los hombres de Rato, que durante la ausencia política del jefe se han cobijado bajo el ala de la lideresa, vuelvan a alzar la voz para pedir la vuelta de su jefe. Máxime en estos tiempos de crisis económica.